

*NOTAS PSICOANALÍTICAS
SOBRE EL FENÓMENO DE LA PROTESTA JUVENIL**

DR. JOSÉ REMUS ARAICO**

NOTA: Parte de este trabajo fue presentado en el Simposio sobre "El Descontento en la Civilización Actual", en el III Congreso Panamericano de Psicoanálisis, en New York, febrero de 1969, y en la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría, en México, en noviembre de 1969. Los aspectos más teóricos desarrollados en otro trabajo, están en prensa en la Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

* Publicado en el libro "Psicoanálisis del Filicidio y la Protesta Juvenil" – Hernando Flores Arzayus y José Remus Araico. Pags. 70.117. Ed. Novaro. 1969.

** Fundador, Vitalicio y Psicoanalista Didáctico de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Profesor Titular de las Facultades de Psicología y de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

"Para eliminar la violencia no es suficiente sólo crear una mentalidad favorable y un estado espiritual adecuado en los seres humanos, es indispensable organizar medios para obtener justicia; estos medios pueden eliminar cualquier motivo, pretexto o justificación para el uso de la violencia."

Rene Cassin (1966)

Cuando se trata de estudiar un tema o problema social como el fenómeno de la protesta, con la lente de la teoría psicoanalítica, es conveniente recordar que las explicaciones como las que voy a presentar a manera de ensayo, no son de ninguna manera excluyentes de las explicaciones de la Sociología, la Economía y la Historia. Con esto quiero decir que existe una multideterminación de los fenómenos sociales desde los planos de la psicología individual, de la acción social personal, los fenómenos grupales, las influencias económicas, los determinantes históricos, etc. Cuando más se comprende un fenómeno de los llamados psicosociales como el de la protesta, es cuando se le estudia multidisciplinariamente. Espero hacer aquí una contribución a los aspectos psicoanalíticos de la protesta aun cuando desde este campo no pueda agotar el tema. Precisamente el tema es vasto y por ello requiere una cierta sistematización que trataré de hacer.

1. Psicoanálisis y conflictos sociales

El estudio de los conflictos sociales, tal como lo hace Coser (1960) entre otros autores, no significa únicamente un aspecto negativo, pues frecuentemente la sola expresión de "conflicto social" se equipara a "desintegración social". Como una expresión de la vida misma, pero en un plano con múltiples variables donde convergen diversos niveles de organización, todo conflicto social tiene su punto crítico, su momento creativo, en donde el conflicto deviene en un cambio social, y la historia ayuda a valorar su positividad.

Tendríamos que ser cautos al afirmar que sólo la Historia juzga a posteriori la acción de los conflictos en los cambios sociales, sobre todo cuando con una actitud historicista se hace una relación escueta y cronológica de los hechos, los cuales deben interpretarse e integrarse multidimensionalmente. La dimensión psicoanalítica de los sucesos históricos contribuye a la comprensión del hombre total. Veamos dos breves ejemplos. El libro de Erikson (1958) sobre "el joven Lutero" sitúa desde la psicología individual a la moral y la religión, con la necesidad del cambio social positivo de la Reforma. Wangh (1964) ha mostrado en sus estudios sobre el nacionalsocialismo, cómo la difusión de la identidad de la clase burguesa alemana en los años veinte después de la primera guerra mundial, permitió la tremenda concentración de poder genocida del nazismo de Hitler.

Los fenómenos de protesta no son nuevos, aun cuando su extensión mundial sí parece ser un signo de esta época y, estando lejos de obtener el juicio de la Historia, su estudio nos puede esclarecer sus causas y nos permitirá intentar la predicción de aquel tipo de protesta que no favorece el cambio social.

Un concepto útil para movernos dentro del estudio de un conflicto social como la protesta, es su grado o nivel de irracionalidad.

El concepto de racionalidad, tratándose de los conflictos sociales, es movedizo y relativo. En las dos partes enfrentadas en un movimiento de protesta, se pueden aducir "razones" que observadas más detenidamente son meras transformaciones de la razón de la fuerza, racionalizaciones de la injusticia y el poder de la propaganda. La teoría psicoanalítica ha hecho una contribución valiosa para el difícil esclarecimiento de la acción social irracional. El psicoanálisis cuando desarrolla las hipótesis de la autonomía relativa del Yo, se preocupa cada vez más por entender tanto la conducta común y corriente, digamos "normal", así como la patológica.

El psicoanálisis surgió con S. Freud como una teoría que explicaba los síntomas mentales, pero precisamente de la observación de la acción social se interesó en la llamada conducta "normal" y fueron sobre todo los grupos de Anna Freud (1949) y de Hartmann (1964) los que desarrollaron los conceptos de aspectos poco conflictivos de la personalidad y la existencia de áreas del Yo relativamente autónomas de otras funciones mentales, sobre todo relativamente autónomas de los sistemas defensivos contra los impulsos instintivos.

Durante su desarrollo psicosexual, el niño alcanza niveles de autonomía relativa en el Yo que después son la base del criterio del adulto. Con Hartmann (1947) podemos decir que una acción es tanto más racional, cuanto más sean las áreas autónomas y libres de conflicto del Yo las que intervienen en la decisión final para la acción. Esto no quiere decir que la decisión interior que conduce a la acción racional tenga que ser el efecto de una intensa reflexión consciente, ya que la capacidad yoica de un individuo para actuar racionalmente puede ser incluso inconsciente y automática. Lo que importa no es tanto el nivel de conciencia en el que sucede la decisión de la acción, sino el grado de autonomía relativa del Yo de los impulsos instintivos primarios. Muchas veces las argumentaciones de los líderes de los grupos en pugna, sea para una guerra o una protesta, y aun en el bando más "organizado", no son sino meras fábricas de racionalizaciones o justificaciones de conductas irracionales. Los impulsos instintivos del Ello, por efecto de la demora que les impone el Yo, se transforman en intereses y motivos más cercanos a la conciencia y mucho más aptos para caer bajo el control del criterio. Sólo aquel sujeto que ha desarrollado desde su infancia un Yo capaz de tolerar, sin llegar a la acción inmediata, el concienzar intensos impulsos instintivos de dominio y voracidad, será capaz de acciones sociales autónomas de estos impulsos, creando así intereses yoicos que contemplen panorámicamente sus relaciones con un número amplio de sus congéneres.

Todo fenómeno de protesta es un conflicto social y, por lo tanto, tiene un punto crítico en el que se manifiesta el grado de racionalidad en todos los individuos involucrados, incluyendo a los líderes de los grupos en pugna. Para aclarar más esto, vale la pena enfatizar el hecho ya descrito por S. Freud (1921) de que los individuos de un grupo sufren cierta regresión o repetición de pautas de conducta infantiles, por cederle al líder o subgrupo-líder, parte de su capacidad de criterio y sobre todo de sus ideales. Los individuos de un grupo ven en el líder a la autoridad que guía, disminuyendo y perdiendo en ocasiones su capacidad de juicio por el fenómeno regresivo en el que se reproducen las condiciones de dependencia y temor del niño hacia sus padres. Esta relación de los individuos de un grupo hacia el líder la estudió Freud (1913) en su clásica obra "Tótem y Tabú". Siguiendo los estudios antropológicos de G. Frazer, S. Freud construyó la hipótesis de que la horda primitiva humana asesinó al líder-padre, en protesta y revolución por su posesividad y ambición. Pero el amor de cada uno de los hermanos rebeldes hacia el padre-líder se transformó en sentimiento de culpa, lo que condujo a su deificación ulterior, que es la base del totemismo y el origen

del sentimiento religioso. Fue el tabú el primer código moral de la humanidad que controló los impulsos eróticos y agresivos de la horda, la cual alcanzó así una fase distinta de organización social.

El psicoanálisis denominó Superyó a la estructura mental individual que contiene los ideales éticos, las normas de conducta, los valores morales y los imperativos categóricos de toda cultura y sociedad y que se desarrollan en cada niño por la acción de su ambiente y familia particulares. Hoy es cada vez más válido dentro del psicoanálisis, distinguir tanto un doble origen como dos estructuras mentales distintas ligadas a estas funciones; me refiero a la utilidad de los conceptos del Superyó y del Ideal del Yo. Esta diferenciación es importante, porque se considera al Superyó como la fuente de los autorreproches morales y tiene funciones de calidad más restrictiva y punitiva; mientras que el Ideal del Yo contiene los orígenes de las primeras relaciones de objeto satisfactorias del ser humano desde su lactancia, con funciones más relacionadas con los procesos libidinales y de expansión y desarrollo del Yo. Precisamente en los fenómenos de la protesta adolescente, se observan disociaciones regresivas, de las que después hablaremos, y en las que se destacan los orígenes de estas estructuras mentales. El Ideal del Yo es la fuente del sentimiento de confianza básica descrito por Erikson (1963) a la que recurrimos internamente todos los humanos, y en especial los adolescentes, ante las crisis vitales.

En "El Malestar en la Cultura", Freud (1930) hace partir el sufrimiento del hombre de tres fuentes principales: la lucha por el dominio de la naturaleza, la lucha contra la enfermedad y la muerte, y la lucha entre los hombres. El alivio de las dos primeras se lo dejó a la ciencia en general y a la medicina en particular. Respecto a la tercera, Freud es pesimista, considera al sentimiento de culpa provocado por la introyección de la agresión, o sea el proceso de internalización y vuelta contra el Yo del impulso agresivo, como el determinante del descontento del hombre civilizado que intenta, sin lograrlo, amar a su prójimo como a sí mismo. Proféticamente escribió hace 40 años (p. 89-90): "A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si —y a qué punto— el desarrollo cultural logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y autodestrucción... Nuestros contemporáneos han llegado a tal punto en el dominio de las fuerzas elementales, que con su ayuda les sería fácil exterminarse mutuamente hasta el último hombre...; de ahí buena parte de la presente agitación, infelicidad y angustia." El eterno Eros que Freud invoca patéticamente al final de esta obra profética, que se anticipa al holocausto "estratégico" de Hiroshima y Nagasaki, parece que ha desaparecido de la superficie de la tierra y no es la principal motivación de los actos humanos.

En su respuesta a Einstein, Freud (1933) alude, a propósito de la Liga de las Naciones, a la imperiosa necesidad de la administración de justicia a nivel mundial. Se muestra pesimista de los alcances de este organismo que no tenía autonomía ni fuerza propias. Las coaliciones de naciones que concentran cada vez más poder, parece que requieren de un gobierno mundial para el control de la agresión en todas

sus formas: militar, económica y moral. La Organización de las Naciones Unidas quizá sea un germen fructífero para iniciar alguna clase de gobierno mundial, pero de nuevo su autonomía y organización son muy precarias. La importancia del concepto de autonomía del Superyó, tanto en nivel individual como social, se deduce de lo anterior.

Beres (1965, p. 29-30) nos señala las dos contribuciones que el psicoanálisis puede hacer a la historia de la moralidad: "1) describe el desarrollo del Superyó, la agencia psíquica a la que está adscrito el funcionamiento moral, y 2) describe los factores que hacen estables las funciones morales, esto es, la autonomía del Superyó." Más adelante enfatiza que siendo el Superyó por definición una agencia o estructura psíquica internalizada "uno debe, entonces, mantener separados... (los conceptos de...) los precursores del Superyó como función internalizada." A mi juicio, alude Beres a dos diferentes niveles de estructuración del Superyó durante el desarrollo, lo que facilita postular la posibilidad de pérdida de autonomía del Superyó de los individuos de la masa por el proceso de regresión. Los fenómenos de heroísmo y pánico de los individuos de una masa, a mi juicio, están ligados a esta regresión. La acción racional de predominio yoico pueden súbitamente caer bajo el mando de los precursores altamente punitivos e idealizados del Superyó. La autonomía relativa de las funciones del Yo y del Superyó se pierden por la regresión.

Como voy a hacer después un análisis más dirigido a demostrar que las instituciones sociales, sobre todo aquellas encargadas de la administración de justicia, han fracasado para nutrir adecuadamente al individuo y al niño en el desarrollo de su Superyó, me parece pertinente anticiparme a las críticas que siguen la advertencia de Parsons (1950, p. 373): "es peligroso inferir muy directamente desde el nivel psicológico al de la estructura social y viceversa... (por)... el hecho de que no hay una simple correspondencia entre la estructura de la personalidad y la estructura de las instituciones." A mi juicio, esta advertencia, razonable en su tiempo, no tiene actualmente validez. Se han hecho muchos estudios en diversas culturas y en grupos minoritarios con grandes presiones sociales, empleando diversos métodos basados en la teoría analítica, que van desde encuestas hasta tratamientos psicoanalíticos (Kardiner, A., 1945, y Kardiner, A. y Ovesey L., 1962). En México, González Pineda (1959, 1961), ha hecho contribuciones valiosas empleando la analogía entre los conceptos de estructuras mentales e instituciones sociales. En todos estos estudios existe una coincidencia significativa entre el desarrollo de las instituciones sociales y el de las estructuras psíquicas, dado que las primeras nutren a las segundas en el proceso del desarrollo del niño y que a su vez motivan el cambio social, sobre todo por la acción significativa de los jóvenes y adolescentes, en un proceso que Erikson (1963, p. 254) llamó acertadamente el "metabolismo de las generaciones".

2. Fundamentación Teórica

Dejo hasta aquí la revisión bibliográfica de aquellos aspectos psicoanalíticos que considero indispensables para fundamentar mis ideas. Otros aspectos psicoanalíticos que voy a expresar no necesitan una introducción especial pues son fácilmente deducibles de los anteriores. Al resumir me percaté que defino mi posición personal, la cual se esclarece más con las ampliaciones siguientes:

a) El psicoanálisis puede y debe ocuparse de los problemas sociales, hoy en especial del descontento, la protesta y la guerra. A partir de la acción social, puede estudiar la interacción entre las instituciones sociales y las generaciones de adultos y niños.

b) El complejo de Edipo integra los precursores del ideal del Yo y del Superyó en una estructura que puede disociarse en las condiciones de regresión-progresión del adolescente. Hay que distinguir la protesta por la descarga instintiva irracional en sí mismos (el medio en vez de la meta), de la protesta con "insight" y responsabilidad (la meta humana como fin). Los roles sociales que tome el adolescente, posibilitan el empleo de identificaciones defensivas contra impulsos instintivos, que se manifiestan en el fenómeno de la protesta.

c) La crisis de identidad del adolescente incluye la lucha de las generaciones con el revitalizamiento de los ideales de un grupo en un momento histórico determinado, siendo los jóvenes los que plantean esta posibilidad renovadora, pero que puede contener también expresiones patológicas.

d) Las instituciones sociales encargadas de la Justicia y la Ética, las Leyes y las Religiones, son el nutrimento del Superyó y del Ideal del Yo. La calidad y tipo de control de la agresión y la facilitación o impedimento de la sublimación y neutralización dependen de la interacción de esas instituciones sociales con el individuo. Durante el desarrollo, el niño puede adquirir alteraciones traumáticas que podrán repetirse en los fenómenos de violencia social.

e) Es fundamental la idea de ciclos de vida ligada a fenómenos cíclicos sociales. El estudio psicoanalítico de la historia le agrega a ésta una dimensión dinámica y una posible, aunque lejana, acción social del psicoanalista.

f) En la base del malestar en la civilización están los sentimientos de culpa por la introyección de la agresión con el incremento de la acción punitiva y restrictiva del Superyó y la pérdida de sistemas ideales e ilusorios autocompensadores y adaptativos, en relación con núcleos infantiles del Ideal del Yo.

g) El temor a la muerte es universal. Independientemente de una polémica acerca del instinto de muerte, la existencia del impulso agresivo es incontrovertible.

h) La religión, la utopía y las ideologías, son los procesos proyectivos, de grado variable de organización, a los que recurre universalmente la humanidad como mecanismos defensivos y adaptativos en su lucha contra la angustia existencial. Parece ser que el temor a la muerte está en relación con el desarrollo del "self", ya que las percepciones del propio cuerpo son la base del sentimiento de la propia existencia. La inestabilidad de las relaciones de objeto tempranas,

aumentan también el temor a la muerte.

La idea del descontento y malestar contiene necesariamente la necesidad de un cambio que quite o disminuya las fuentes posibles del malestar. Tal como se procede con el análisis de un síntoma neurótico o de una conducta ambigua mezcla de adaptación, sufrimiento, placer y perspectiva, puede ser útil estudiar la superficie para llegar a las interacciones de las causas profundas de lo que aparece en ésta. He escogido el fenómeno universal de la protesta como un ejemplo del malestar en nuestra civilización actual, no porque sea específica de nuestro tiempo, sino porque hoy es de tal magnitud que su análisis quizá nos podrá esclarecer algo más acerca de la tercera fuente de sufrimiento del hombre a que se refiere Freud (1930): la lucha de los hombres entre sí.

3. La psicología del adolescente y el fenómeno de la protesta

Los grupos de protesta están constituidos en su mayoría por jóvenes y adolescentes, aun cuando esta situación está cambiando por la inclusión de grupos marginados de la población. Son bastante conocidos algunos de los rasgos de la personalidad del adolescente. Sin embargo, conviene comprenderlos más profundamente para poder entender cómo inciden en el fenómeno de la protesta y cómo ésta a su vez repercute en la personalidad del adolescente. Aquí sólo trataré cuatro de los rasgos del adolescente que son importantes para nuestro tema.

El primer aspecto o rasgo del adolescente es el de la "crisis de identidad". Todo ser humano, inmediatamente después de la pubertad y debido a los cambios de la misma, tiene que hacer un ajuste de sus sistemas de adaptación al ambiente. Sufre una crisis que llamamos de identidad, porque contiene las interrogantes existenciales del adolescente acerca de su origen, presente y perspectiva. Tiene que reacomodar sus valores y sufre alternancias en su carácter que condicionan lo que se llama la edad difícil.

El adolescente se encuentra en un estado muy lábil de continua regresión-progresión, oscilando entre demandas de tipo infantil y otras de oportunidades y derechos igualitarios con los adultos de su medio familiar y social. Las interrelaciones entre sus estructuras mentales están relajadas y el Superyó punitivo y autoritario está disociado del Ideal del Yo, lo que lleva al espíritu del adolescente a satisfacciones primitivas y a búsquedas de sistemas de justicia que igualen al humano en su lucha contra la muerte y el destino. Van de la mano, pero en continuo conflicto, los aspectos críticos más severos, ya dirigidos contra sí mismo o contra los demás, con los altos ideales éticos que antes canalizaban más las religiones y ahora han capitalizado en parte las ideologías y los movimientos de tipo místico. El Yo del adolescente se encuentra tironeado entre estas demandas antitéticas del Superyó y del Ideal del Yo, y su capacidad para juzgar la realidad externa se tambalea por estas presiones. Cabe destacar, sin embargo, que este mismo desequilibrio si no es tremendo ni permanente, fortalece al Yo del adolescente inquieto y de protesta, agudizándose así sus capacidades adaptativas. Si es verdad que muchos adolescentes de los grupos de protesta fracasan en su adaptación, también es verdad que los que se consolidan en el clima de protestas racionales son después individuos que destacan en el campo de la acción social.

El segundo aspecto del adolescente que quiero mostrar aislándolo un tanto del desarrollo mismo del Yo, es el tremendo aumento de su capacidad para el pensamiento abstracto. Hay tres momentos de incremento de la capacidad simbólica en el desarrollo del ser humano, dentro de la curva ascendente general hasta la senectud. El primero es alrededor de los tres años, cuando el niño se siente un ser independiente de la madre e inquiera curiosamente acerca del

mundo que le rodea. Posteriormente, alrededor de los seis años, cuando desexualiza su curiosidad y adquiere una alta capacidad de aprendizaje al superar su conflictiva edípica, lo que coincide con la iniciación de la escuela primaria en nuestra cultura. El tercer momento es en la adolescencia, siendo las necesidades adaptativas el principal motor para este incremento de su capacidad de aprendizaje y simbolización. Como después veremos, la exigencia de que cumpla un rol social lo fuerza a buscar soluciones a su existencia y agudiza sus capacidades para el pensamiento abstracto.

Por lo que respecta al fenómeno de la protesta, esta capacidad de abstracción del pensamiento trae en el adolescente una intensa capacidad de crítica de su ambiente. Se manifiesta también en una intensa teorización de las situaciones concretas de su medio y momento histórico, con la consiguiente generalización exagerada y la proposición de soluciones totales y únicas, siéndole intolerable "mediatizar" por considerarlo como una derrota. Ante el laberinto de sus contradicciones teóricas, fracasa frecuentemente la acción inmediata. Cuando el pensamiento se agudiza aún más en un análisis organizado, se resuelven muchas contradicciones y el adolescente o el joven puede entonces sentirse afianzado en un terreno seguro que incrementa su identidad. Es así como el pensamiento abstracto puede estar al servicio de la protesta racional, pero también puede estar en su contra, pues el teorizar interminable en las reuniones de los grupos de protesta donde cada individuo desea conservar su propia identidad a la vez que pertenecer sin restricciones a la mística del grupo, se vuelve contra los fines del mismo. Al detenerse el proceso crítico del pensamiento, se cae fácilmente en la tentación de la acción emergente, a veces violenta y llena de ardor místico, que sirve para repolarizar los ideales, sintiéndose el joven de los grupos de protesta el alma misma de lo bueno y expulsa a la realidad ambiente, que le presta muchas veces justificaciones, lo que considera malo, injusto y arbitrario. Identificado regresivamente con su ideal del Yo fortalecido por la compactación de su grupo, lucha en el exterior con las instituciones sociales que engendraron su Superyó y, como el niño o el borracho, le reclama violentamente a la sociedad lanzando al viento verdades desagradables que los adultos quieren ocultar.

El aumento de la capacidad simbólica tiene, entre otras funciones, la de aumentar la capacidad de demora del Yo del adolescente para la acción y cuando fracasa este freno secundario, la acción puede desatarse violentamente. Por el estado de regresión-progresión a que hemos aludido antes, el adolescente se encuentra más cerca de sus procesos instintivos primarios que lo inundan frecuentemente de fantasías de tipo incestuoso, poniendo entonces su inteligencia al servicio del control de su fantasía primitiva. Este freno secundario es importantísimo para el control de la agresión, pues siempre es menos riesgoso, por ser reversible, el discutir que el actuar, pero en ocasiones el actuar es un control emergente del peligro de la disgregación mental. Cuando la regresión está al servicio del Yo, es cuando el adolescente encuentra en sus relaciones de objeto más primarias el material libidinal para la expansión de su Yo. De todo esto quisiera enfatizar que el grado de racionalidad de un conflicto de protesta adolescente es dado, entre otras cosas, por la capacidad de los individuos del grupo, incluyendo los líderes, para usar el potencial simbólico como control de la acción violenta irracional.

Veamos el tercer aspecto del adolescente que nos ayudará a esclarecer un poco más el fenómeno de la protesta. Aquí hay que tomar en consideración el marco de la sociedad actual en la que se desenvuelven los adolescentes. Los avances de la tecnología incrementaron a niveles insospechados la potencialidad destructiva de las armas con el peligro de la guerra total. También la tecnología aumentó tremendamente el caudal de las comunicaciones a un grado imposible de digerir; por lo tanto, se ha roto la capacidad de antaño para predecir la entrada de los adolescentes al mundo de los adultos. La etapa adolescente es hoy muy prolongada por un asincronismo en los diferentes niveles del ciclo madurativo. En la sociedad rural del modelo feudal y en la sociedad burguesa de la urbe sin explosión demográfica, les era fácil a los adultos predecir el rol social que el adolescente podría tomar al llegar a la juventud, siendo más estable e inmediata su ubicación en un microcosmos determinado en donde los valores morales, las fuentes de trabajo y de placer estaban en concordancia con las posibilidades del adolescente.

En estas sociedades no había un lapso muy grande entre la maduración sexual puberal y el ajuste a un rol social definido. En cambio, hoy día son tantos los factores adversos que la impaciencia se convierte en descontento, y el escaso y variable mercado de trabajo en incertidumbre. Los valores morales de la sociedad burguesa le permitían apenas la demora tolerable de los impulsos sexuales o su desahogo unilateral en el varón mediante la prostitución. En su alargada etapa madurativa, el adolescente pone en duda razonable los mensajes contradictorios de los adultos que le dicen a cada paso con su conducta: "Haz lo que te ordeno, mas no lo que me ves hacer." Esta discrepancia del mundo oportunista de los adultos hiere la sensibilidad ética del adolescente y lo conmueve hasta los cimientos de su confianza básica. Muchos de ellos sucumben y se adaptan aparentemente de manera fácil a un mundo egoísta con la máscara altruista de cualquier credo de moda. Habiendo perdido la fe en las instituciones de los adultos, tanto familiares como políticas, religiosas y económicas, tiene que crear con la pasión y desgarramiento de los movimientos de protesta las bases de sus nuevas creencias. La asincronía de la maduración del adolescente tiene en esta época perfiles traumáticos, siendo una de las fuentes principales de la protesta ya sea de niveles racionales o con rasgos de violencia.

Veamos ahora el cuarto aspecto de la adolescencia que deseo mostrarles. Me refiero al problema de la responsabilidad. La génesis del sentido de responsabilidad, en el seno mismo de la familia del adolescente, está vinculado íntima y primariamente a los sentimientos de gratitud y de confianza básica. Desde las primeras gratificaciones adecuadas de sus impulsos instintivos, el niño adquiere el sentimiento de que el mundo que le rodea es confiable al brindarle seguridad y satisfacción, ofreciéndole un refugio contra el hambre y el displacer de su tremenda inermidad. La guía adecuada en su maduración para que acepte la renuncia a ciertos impulsos instintivos y la demora de otros, le brinda placer y satisfacción y le engendra el sentimiento de gratitud.

El acto responsable puede surgir de dos fuentes: del miedo a la conciencia moral

o a sus representantes externos, las autoridades paternas y sociales, o bien del íntimo placer de la gratitud a los que lo acompañaron en el lento proceso para llegar a pertenecer a la sociedad. La identificación con padres responsables es la mejor fuente de adolescentes responsables. El concepto de responsabilidad no debe limitarse al mero cumplimiento de una tarea, sino que implica la absoluta entrega con criterio a una situación íntima y personal o a una acción social. El adolescente cuando pone a prueba a los adultos de su ambiente con la protesta más o menos organizada y numerosa, es capaz de perdonarlos cuando admiten sus errores, pues le enseñan una dimensión humana; pero despreciará, temerá y engañará a los adultos que se le muestren infalibles y no lo tendrán de su lado con todo su corazón.

Responsabilidad no es de ninguna manera sinónimo de conformismo. A su vez, el concepto psicoanalítico de adaptación de ninguna manera es comparable al de conformismo, que denota más bien pasividad y fracaso del Yo, sobre todo del adolescente, para su integración a la sociedad. Adaptación, psicoanalíticamente hablando, implica actividad yoica responsable y creadora en contra de la difusión de la identidad y de los roles sociales del adolescente que implican fracaso del Yo en su ajuste social.

La creación del sentido de responsabilidad nos permite ejemplificar la interacción de los sucesos infantiles con la acción de las fuerzas del universo del adolescente. En la misma base del origen de la responsabilidad está la gratitud y la confianza básica. Este sentimiento en el humano, el único ser de la creación que ríe con sus semejantes pero que es también capaz de matarlos, se origina en los primeros contactos con la madre, y se refuerza o agota durante toda la infancia en sucesivos altibajos. El padre como un ser representante de ejemplo consistente es fundamental, pues el niño desde el modelo de relación en pareja con la madre, debe pasar a integrar la imagen del padre en un triángulo, para pasar después al modelo de acción poligonal de la familia y ulteriormente al multifacético de la escuela y la sociedad.

No es suficiente que el niño reciba los bienes materiales y los cuidados de los padres, sino que internalice en sus áreas autónomas y más libres de conflicto la imagen y el ejemplo de padres consistentemente situados en su rol de padres. Se puede ver fácilmente el fracaso de muchos padres que se autocalifican de "amorosos y dedicados" para integrar un sentido de responsabilidad. Sea por irresponsabilidad o por hiperresponsabilidad, estos padres han creado en sus hijos una imagen impredecible del mundo. Con la irresponsabilidad estimulan que el adolescente gratifique impulsos instintivos primarios y no es raro comprobar la aparición de graves trastornos del Yo. Con la hiperresponsabilidad crean la imagen de un mundo peligroso que tiende a destruir al sujeto.

Es muy frecuente ver en nuestro México y en toda nuestra Iberoamérica que el adolescente calificado de irresponsable es sólo víctima de un conflicto de una "doble lealtad" que, como huella, trae desde la infancia, pero que puede alterarse por la comprensión del problema. Me refiero al hecho permanente y lamentablemente frecuente en muchas familias, que se resume en que los padres, al dar una orden o consejo al niño o al joven, le muestran con su

conducta una disociación resumida en el viejo dicho antes mencionado de "haz lo que te ordeno, mas no lo que me ves hacer". El adolescente, para ubicarse en un mundo de transformación impredecible, más ahora que en ninguna época de la historia por la tecnología para la destrucción y la construcción, tiene que echar mano de lo más sólido dentro de sí mismo. Aun cuando no llegue a su conciencia el viejo conflicto que la sociedad del presente le reedita aumentado y corregido, intuye la doble lealtad y su resultado para resolver este conflicto es el dolor de una adolescencia tormentosa. Por esta conflictiva puede sucumbir en un "hippismo" irresponsable, simple y revestido de magia y mística, alejado de su realidad familiar y social. Los más, que recurren regresivamente a sus gérmenes o núcleos positivos que los llevan a protestar activa y constructivamente de los males de su época y de su universo, necesitan de instituciones sociales consistentes, francas y justas que refuercen su responsabilidad, pues de otra manera esas identificaciones positivas tempranas son ahogadas por las presiones sociales que no les prestan alternativas saludables. En otros adolescentes los núcleos infantiles están tan "enfermos y disociados", que constituyen verdaderos casos de "patología social".

No es posible borrar de un plumazo toda esta problemática de la responsabilidad y podríamos aducir, como adultos, que nosotros tuvimos que superar nuestra adolescencia y que es inevitable el sufrimiento de la misma. No pretendo imaginar una sociedad utópica sin angustia. Cada época del humano le depara sus conflictos particulares, pero bien podríamos intentar legar a nuestros adolescentes un mundo mejor aunque nosotros no lo vayamos a vivir.

Estoy absolutamente convencido de que el fenómeno de la protesta adolescente y juvenil es el signo del grado de fracaso de las instituciones sociales, en proporción directa con su grado de irracionalidad y violencia, para crear tanto controles adecuados de los impulsos instintivos mediante descargas racionales de sus tensiones, como las vías de comunicación verdadera que trasciendan a un espíritu de confianza y responsabilidad.

Cada adolescente en su crisis de identidad es el "mutante psicológico" potencialmente creativo o destructivo de una generación. La exploración y escucha respetuosa de sus opiniones, aunque contradictorias, permiten a los adultos detectar las inquietudes específicas de su momento histórico. Entre otros factores, la protesta ha salido a la calle por la desintegración de la familia, y es responsabilidad del mundo de las instituciones de los adultos devolver la salud mental a los hogares, si esperamos que la protesta no alcance niveles irracionales y organizaciones temidas por lo polarizadas irreversiblemente y que sólo tienen como salida conflictos sociales de mayor envergadura que la protesta. Las instituciones sociales son los nutrientes psicológicos del niño y del adolescente. La conducta de los padres no hace sino alimentar las estructuras mentales del niño y del adolescente y éstos introducen las discrepancias o concordancias de la sociedad. Existe una interrelación permanente entre el individuo, su familia y la sociedad en la que vive. Como lo expresa claramente Erikson (1963), la especie humana integrada socialmente se modifica, para su avance o su retroceso, con cada generación de adolescentes, cuya tarea es digerir los valores de la

generación adulta reteniendo lo que sirve para el avance y eliminando lo que lo retarda. Erikson llamó a este proceso cíclico el metabolismo de las generaciones. "Cada nuevo ser es recibido en un estilo de vida preparado por la tradición... la que «moldea» al individuo, «canaliza» sus impulsos..., transforma la energía instintiva en patrones de acción, en carácter, en un estilo, en una identidad. . . que contribuye a la tradición." Más adelante se refiere Erikson a que cada generación de adolescentes y jóvenes en su crisis de identidad, suministra con su lucha el material para el rejuvenecimiento ideológico de su momento histórico, cerrando así el ciclo metabólico.

Yo creo que los fenómenos de protesta son también el signo de este determinante psicosocial cíclico del ser humano, que enfrenta a las generaciones como un impulso preservador y renovador de la especie, pero las instituciones inadecuadas causan a veces graves indigestiones en este proceso metabólico. Conviene indicar que la problemática de los adultos hacia la protesta juvenil y adolescente, provoca o ayuda con frecuencia a que aquélla se torne violenta e irracional. A cada uno de los cuatro aspectos del adolescente que hemos tratado correspondería, de manera general y con un agrupamiento un tanto arbitrario pero ilustrativo, determinados problemas que voy a tratar de manera general.

A la crisis de identidad adolescente, en donde las relaciones entre las estructuras mentales se relajan y los fenómenos regresivos tan necesarios para la progresión, disocian el Superyó del Ideal del Yo, las instituciones y sus líderes oponen más los aspectos punitivos y represivos de la ley en lugar de los aspectos preventivos y la ayuda y guía yoicas consistentes. Blos (1969) ha estudiado muy bien las vicisitudes de estos procesos regresivos del adolescente así como su inevitabilidad, dando énfasis a los aspectos agresivos y edípicos de la misma. El espíritu punitivo sólo aumenta la regresión y la disociación, con lo que el Superyó hacia quien se dirige la protesta, le da al adolescente una justificación. El abismo entre las generaciones se ahonda, pues el adolescente presiente y teme a sus sentimientos de culpa por la agresión a los padres de su conflicto edípico infantil, y los adultos se la justifican con su cobardía punitiva viendo en el joven a un enemigo y no a un heredero. Es entonces cuando en un proceso proyectivo por ambos lados, el miedo y la venganza, antesala de la acción violenta, sustituyen a la razón y al criterio.

Al incremento maravilloso de la capacidad simbólica, que puede hacer del adolescente un crítico agudo y veraz, se le opone el peso de una propaganda que distorsiona usando una parte por el todo, exagera a niveles de excelsitud alguna calidad positiva innegable de las instituciones y demanda el crédito del progreso natural. En vez de aceptar las críticas, que en muchas ocasiones hay que entresacar o descifrar del lenguaje contradictorio o totalista del adolescente, por el temor a la parte de verdad de lo que dice, simplemente se le reprime, se le niega beligerancia a sus opiniones o se minimizan por la propaganda. La comunicación demagógica es una seudocomunicación pues el que la hace sólo escucha el eco de sus propios argumentos. Nunca antes en la historia de la humanidad habían sido tan eficientes los medios materiales de comunicación, pero quizá nunca se habían usado tanto todos los avances tecnológicos, con fines de

control del hombre sobre el hombre aumentando la desconfianza. No debemos olvidar que los adolescentes son sensibles para detectar la mistificación de los hechos. Aun cuando en sus aspectos regresivos sean como niños a los que, según un equivocado criterio "adulto", habría que ocultársele y disfrazársele la verdad, también los adolescentes por la necesidad de la expansión progresiva del yo, requieren de verdades que los ubiquen en la realidad y que señalen alternativas de solución. Cuando este diálogo es posible, se alivia el abismo entre las generaciones.

En relación a la asincronía que hace impredecible el desarrollo del adolescente por la evolución de la tecnología, es una situación mucho más compleja y difícil de estudiar aquí. Los problemas de la explosión demográfica, la necesidad creciente de educación, la creación de nuevas fuentes de trabajo y los peligros de guerra, son algunos de los mensajes de la protesta, ya que inciden en el desarrollo del adolescente. Las guerras destruyen total y psicológicamente generaciones de adolescentes y jóvenes y la protesta está dirigida contra ese mal de la humanidad. La problemática que surge de la asincronía de los niveles de desarrollo en el adolescente, denota las escisiones conflictivas de la edad infantil; esto quiere decir que el abismo entre las generaciones que se manifiesta en la protesta, contiene dichas escisiones infantiles. La organización familiar incide en el niño y éste a su vez desafía después a la "sociedad de los adultos organizados donde todo sujeto mayor de 30 años es un enemigo". Los adultos son los "que hacen la guerra" y por lo tanto los que mandan a las nuevas generaciones a la muerte. La protesta incluye este motivo real de la guerra, que contiene las motivaciones más inconscientes de la lucha entre los hombres por el poder y el prestigio. Blois (1969, p. 5) nos dice: "No tengo duda de que la inquietud adolescente es sintomática de los anacronismos y quiebras sociales e institucionales. El medio ambiente ha perdido algunas de sus funciones esenciales en relación al desarrollo humano. La juventud ha sido siempre un indicador muy sensible... y con su mala adaptación nos habla de las quiebras sociales, aun cuando no sea capaz de formular exactamente ni la naturaleza de las causas ni las medidas necesarias para la regeneración social." En lo que se refiere al desarrollo del sentido de la responsabilidad en el adolescente es donde los adultos fracasan frecuentemente como modelos positivos. Seguramente hay variables culturales importantes respecto al sentido de la responsabilidad. Como en un espectro, existen en un extremo culturas rígidas que valoran exageradamente la responsabilidad, y en el otro, aquellas donde todo se queda para mañana. Junto con estas variantes culturales, hay que enfatizar los aspectos más universales de la tendencia del adulto a rehuir la responsabilidad con el adolescente culpándolo de todo lo que pasa por las acciones de protesta.

4. Psicoanálisis de la protesta juvenil

Después del estudio de cada uno de los cuatro aspectos más importantes de la adolescencia y su incidencia en el fenómeno psicosocial de la protesta juvenil, es preciso ver la interrelación de estos diferentes aspectos. Además, si se ha considerado la protesta del adolescente desde el punto de vista general del descontento y malestar de la civilización, conviene intentar ya el análisis del fenómeno de la protesta juvenil dentro de un contexto social bastante concreto. Seguramente no pueda hacer un intento "frío" de análisis de la protesta, ya que mi posición de profesor me ha permitido contemplar desde diversos ángulos la protesta universitaria. Desde hace tres años conduzco un "Seminario de Patología Social desde el punto de vista Psicoanalítico", en el Doctorado en Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México. Esos cursos son semestrales y con pocos alumnos. Tratamos de enfocar con la teoría psicoanalítica diversos problemas sociales pasados y presentes. Estamos intentando una cierta sistematización de las discusiones y los temas, y el pasado conflicto, mal llamado estudiantil, de 1968, nos dio la oportunidad de ver "de cerca y de adentro" la protesta y la violencia. Las ideas de este trabajo en parte son fruto de este seminario. Se trata de ideas que creo pueden aplicarse al fenómeno de carácter universal de la protesta, y de ninguna manera son específicas de México, aun cuando, por supuesto, debe haber diferencias nacionales y regionales en las expresiones del fenómeno.

La protesta está dirigida contra un orden establecido, cualquiera sea el nombre que se dé a la autoridad local o nacional: "establishment", "burocracia", "consigna gubernamental", "aparatchik", etc. Quienes protestan son básicamente los adolescentes y los jóvenes, de preferencia estudiantes o con participación de éstos incluidos en otras masas. De ninguna manera todos los estudiantes pertenecen a clases económicamente débiles y marginadas del *status* socioeconómico, pero todos confiesan con orgullo y de manera simple o complicada su deseo lleno de idealismo de "romper con una estructura arcaica e inoperante que no hace justicia social". Obviamente se identifican con los desposeídos, con los de abajo, con "las víctimas de los que detentan el poder", con los grupos minoritarios discriminados, etc. En todo grupo de protesta, grande o pequeño, más o menos organizado, hay un clima general de tensión que lleva fácilmente a la acción. De hecho siempre están los grupos de protesta en acción, aun cuando ésta sea una acción pasiva bajo la forma de protesta llamada "resistencia pasiva". La desesperanza en estos grupos de resistencia pasiva es más aparente por su quietismo, no siendo así en los grupos de acción, en donde la desesperanza está encubierta y neutralizada en parte por la acción. A pesar de la necesidad de la organización para la acción, existe en los grupos de protesta un rechazo

anárquico a una jerarquía interna del poder, anhelando democráticamente la igualdad en el mando.

Otro carácter de los grupos de protesta es su capacidad de acción cambiante, que podemos llamar de emergencia. Marcuse (1968, b, p. 55-56) describe cómo una manifestación de estudiantes en Berkeley, al llegar a la zona prohibida y resguardada por una imponente barrera policial, a pesar de que algunos líderes incitaban a la acción violenta, sus integrantes se sentaron en el suelo y comenzaron a tocar, cantar y acariciarse, con la consiguiente perplejidad de la autoridad. En las manifestaciones de protesta, con frecuencia estalla el humor como escape de la tensión que llega a niveles críticos. Desde el estudio de Freud (1905) sobre el chiste y el humor, sabemos su valor económico mental de válvula de escape de los impulsos contenidos, así como su carácter de violación emergente de la censura del Superyó.

En los núcleos centrales de los grupos de protesta existe un sincero deseo de un cambio social y un amor apasionado por el estudio de las ciencias sociales y psicológicas. Cuando estos jóvenes en asambleas, cafés o seminarios, discuten el desarrollo del concepto moderno socioeconómico-psicológico de "enajenación", lo hacen de manera tal, que a cualquier psicoanalista se le antojaría juzgarla de enajenada en el sentido más común del término. En un viejo ensayo (1956 no publicado) sobre Kafka, describía este tipo de diálogo interminable "kafkiano", como la expresión peculiar de un tipo de conflicto entre el Yo y el Superyó, siendo fundamentales los mecanismos proyectivos y la manía recriminatoria, alternando con los autorreproches, que se condimentan con los escapes de un humor trágico. Lo enajenado del que protesta refleja, en mi opinión, la distancia impotente con la autoridad. Reproduce en su polémica la ausencia de un Superyó estable y con autonomía relativa que guía su acción social. Pareciera que el joven que se incluye en una masa que protesta, fácilmente regresa a los antecesores del Superyó y del Ideal del Yo, adquiriendo roles de emergencia en ocasiones heroicas.

Me voy a permitir una digresión acerca de uno de los teóricos y filósofos de la protesta. Me refiero a Herbert Marcuse. No pretendo discutir sus ideas con las que estoy de acuerdo en general, y deseo sólo comentar aquellas que creo atrae a los jóvenes que ven en él a un filósofo y crítico "que emerge del corazón mismo del sistema capitalista". En "Eros y Civilización" (edición en español de 1965 de la americana de 1953), partiendo de la tesis sustentada por Freud en "El Malestar en la Cultura" de que la civilización, para su nacimiento y desarrollo, ha necesitado de una restricción rígida del principio del placer, plantea la "posible Utopía" de una civilización no restrictiva en la cual un Yo alimentado por el Eros y altamente creativo, contrarreste el malestar general. Cree que los logros materiales de la cultura occidental han enajenado al hombre de su capacidad instintiva creativa y que se puede intentar crear esa pretendida civilización. En "El Hombre Unidimensional" (1968, a) critica el fracaso del marxismo soviético en su intento de realizar la "Utopía" que plantea en su libro anterior. Considera a la sociedad industrial avanzada cada vez más enajenante de sus individuos por la "irracional racionalidad" del sistema. Incluye en esta categoría de "sociedad industrial avanzada" a los países altamente desarrollados, con la dilución gradual de las

fronteras económicas e ideológicas entre los bloques americano y soviético. El hombre, al vivir enajenado y descontento en la actual civilización, se ha vuelto "unidimensional" sin perspectiva interior y sin futuro. Critica el *behaviorismo* como una expresión de la psicología "enajenada", ya que hace énfasis en la capacidad reactiva del ser humano a los estímulos en general, y por lo tanto a aquellos de un mecanismo de producción y consumo. Para él, la "dimensión estética" aún conserva la capacidad para la libertad y contiene la esperanza para un mundo distinto.

En "El Fin de la Utopía", Marcuse (1968, b) dialoga en la Universidad Libre de Berlín con alumnos y profesores sobre la represión, el tercer mundo, la posibilidad de la "Utopía" de la sociedad no represiva y, sobre todo, de la protesta guiada por la razón. Pide a los jóvenes que sean los guías y los mentores de las masas de trabajadores que, sin acceso a la cultura universitaria, se han enajenado y permiten con su enajenación el peligro de la guerra, la violencia y la crueldad de un mundo deshumanizado. Las ideas de Marcuse son capaces de evocar y justificar en el joven de protesta, aun a costa de su propio sufrimiento, sus más intensos anhelos por la justicia y el triunfo del amor y la bondad y la lucha por la derrota del sufrimiento, la injusticia y la agresividad irracional. A mi juicio, el llamado de teóricos como Marcuse encuentra eco en la disociación regresiva, que yo agregaría regresivo-progresiva, a que aluden Lampl-De Groot (1960, 1962), Beres (1965), y Blos (1969). La necesidad de una salida que aleje el peligro de la guerra y la injusticia; la búsqueda de un refugio contra el sufrimiento y el descontento, puede reflejarse en la "Utopía posible". El término mismo incita al sacrificio y a la lucha en el fenómeno de la protesta. Muchos jóvenes desean fervientemente que desde el débil "tercer mundo" se expanda a los poderosos el ejemplo de la razón que detenga la guerra y la violencia. La "Utopía posible" contiene los ideales del yo más recónditos, ligados a la satisfacción del "principio del placer".

Los que atacan a Marcuse (1968, b), se apoyan entre otras cosas, en que el fuerte idealismo de su filosofía contiene los gérmenes de una nueva religión que enmascara la tendencia enajenante de los sistemas de producción y consumo que convierten al humano en un ser "unidimensional". Independientemente de que Marcuse no haya podido esclarecer más sus ideas, o que sus críticos no lo puedan separar de sus "orígenes burgueses", es indudable que junto con genios como Bertrand Russell y muchos otros, forman la avanzada de "profetas" de una nueva civilización, que debe contemplar al hombre total, en donde la tecnología sea, un medio vital pero no la vida misma.

Los adolescentes por su angustia de maduración, en la que se repiten los conflictos básicos de la ansiedad, de separación de sus primeros años, buscan en los núcleos ideales internos los elementos libidinales indispensables para "el salto al futuro". Las funciones ligadas al principio de la realidad están en intenso conflicto con las dependientes del principio del placer en este intenso vaivén regresivo progresivo. Todo aquel que desee trabajar para el futuro, aunque no tenga cualidades proféticas y quiera contribuir a las soluciones, puede ser

escuchado por los grupos de protesta, siempre y cuando a su vez escuche los anhelos idealistas de sus integrantes, para entresacar, en una labor conjunta, los elementos que servirán para la modificación positiva de la realidad. Cuando no intercambia dialogalmente sus ideas y convicciones, es rechazado y criticado, aumentando las diferencias y perdiendo las; oportunidades.

Siempre han protestado las generaciones de jóvenes de la autoridad de los mayores, pero nunca ha sido tan universal y "endémica" la protesta. El estudio psicoanalítico de la historia seguramente agregará más conocimientos y por lo tanto habrá más capacidad de predicción, pero parece que el tiempo apremia y hay que aprovechar toda oportunidad. Debemos lamentarnos que aún es baja la capacidad de predicción tratándose de aspectos sociales, a pesar de que los métodos avanzan, y siempre es útil el análisis de las grandes crisis mundiales y nacionales. Los instrumentos y métodos de análisis se afinan cada vez más, pero ahora el psicólogo social debe estar alerta de no ir al otro extremo, el de poner su técnica al servicio de lo que no sea una ciencia para el "Hombre Humano" convirtiéndose en un factor de propaganda con la fascinación de lo psicodinámico, lo experimentalista o cualquiera de los otros ismos que se dan en cualquiera ciencia.

En el llamado "conflicto estudiantil" en México en 1968, el Comité Nacional de Huelga demandó un "diálogo" a las autoridades, pero "ganó de mano" la violencia a la razón con un saldo sangriento y político lamentable que evocó lo más negativo de "a la mexicana" que deseaba se hubiera superado. El "maquiavelismo mexicano" descrito por Brandenburg (1964) como una modalidad de control político desarrollada desde la Revolución, parece que al ser puesto a prueba fracasó, tal como el mismo autor señala y predice por la calidad misma del sistema de control. Sería deseable un estudio más científico de los sucesos, si es que no se ha hecho, pues la actitud de dejar que "la historia descubra la verdad" no pasa de ser un conjunto de buenas intenciones, pero de ninguna manera facilita una labor preventiva y que amplíe las alternativas de solución de las consecuencias políticas de estos sucesos. En la familia, chicos y grandes han intentado superar sus diferencias. En la historia, los pueblos frente a los gobiernos, las minorías con las mayorías, los trabajadores con los patrones, los vencidos con los vencedores, han deseado dialogar con el empleo de la razón, pero el inadecuado control de la agresión de las organizaciones de cada bando, ha desatado innumerables veces la crisis violenta. Una vez que sucede la crisis, de la que sería interesante investigar sus características, parece que los grupos humanos olvidan las guerras y la violencia en general y niegan sus consecuencias pero, como nos lo ha mostrado Wangh (1964, 1968, 1969), quedan secuelas traumáticas en toda una generación de huérfanos y abandonados de guerra., o de víctimas de la violencia real o psicológicamente hablando, que pueden ser un factor importante para el aspecto cíclico de estos fenómenos.

El elemento psicogenético del joven que protesta se debe a una regresión parcial por la inclusión en una masa, en donde emergen identificaciones y etapas del desarrollo de cuando aún no estaban estructurados adecuadamente el Superyó y el Ideal del Yo. La conducta del joven en el fenómeno de la protesta

contiene elementos regresivos, junto con otros progresivos de su desarrollo como adolescente en una crisis de identidad con expresión social. Los aspectos progresivos de expansión del Yo durante el desarrollo, pareciera que están relacionados con el Ideal del Yo; de aquí el tremendo valor positivo del fenómeno de la protesta como factor del cambio social. En esta regresión que postulo como uno de los factores psicogenéticos de la protesta, hay una tremenda distancia (disociación) entre las imagos superyoicas y las del ideal del Yo. Creo que] esto se puede ver en la dificultad para dialogar con figuras que, además en la realidad presente, se comportan autoritaria y superyoicamente. El joven que interviene en el fenómeno de protesta se siente el cuerpo mismo que contiene el Ideal del Yo cuando hace sus peticiones de justicia y libertad. Desafía y se expone a la violencia de una autoridad violenta con la esperanza de crear una "utopía posible" donde trasciendan a la muerte, física o histórica, sus objetos infantiles más ideales. Su idealismo, conteniendo el germen del Eros, revitaliza a las instituciones sociales, aun cuando hace uso del impulso destructivo, de la otra mitad germinal de la ambivalencia.

En este estado cambiante y lábil de los grupos de protesta se manifiestan otros elementos de la ausencia de un control adecuado de los impulsos, tales como la violencia heroica, la atracción por las drogas y múltiples expresiones sexuales. El estudio detallado de la subcultura *hippie* quizá mostraría los elementos más patológicos de desintegración con regresión a niveles de autismo secundario. Seguramente se trata de sujetos ya desintegrados en los que han fracasado en su desarrollo casi todos los niveles institucionales, desde los roles maternos hasta los de justicia y asistencia social. El fenómeno de la protesta incluye en sus estratos conflictivos los remanentes del complejo de Edipo. Es por todos aceptado que el adolescente revive su conflictiva edípica en su ajuste a su objeto sexual adulto, siendo cada vez más general, como complemento de la agresividad, la camaradería de ambos sexos en la experiencia de protesta. En un trabajo comparativo de la conflictiva edípica de Edipo, Lutero y Kafka (1965, b), desarrollé la idea de que la motivación fundamental de los padres de estos tres personajes era la de intentar eliminar el conflicto entre las generaciones impidiendo el desarrollo del hijo mediante diversas técnicas: muerte y abandono con Edipo, sometimiento autoritario con Lutero (véase a Erikson, 1958) y sometimiento humillante con Kafka. La injusticia es patente en esta relación, ya que no se permite al hijo el desarrollo armónico y la expansión del Yo, y la adolescencia es dolorosa y hasta trágica. Rascovsky (1969) recientemente ha trabajado más sistemáticamente la conflictiva de los impulsos filicidas y su relación con el progreso, la cultura y la guerra.

Es obvio que las autoridades mientras más rígidas sean, o también aquellas que actúen paternalistamente con fuerte sometimiento y sobreprotección, provocan mayor conflicto en el adolescente que se integra así a la protesta, como intento proyectivo de maduración. La calidad de las instituciones de justicia, desde la estructura de los sistemas legales y penales hasta la de la acción de la fuerza policial, es el otro factor, el factor externo, que interviene en el fenómeno de la protesta. La desilusión del niño a la pérdida del sentimiento de omnipotencia de los padres, que lo protege de sus propios impulsos fantaseados que viven

inconscientemente como monstruosos, la vincula Freud (1927) con la necesidad de la religión. Esta pérdida del sentimiento de omnipotencia se repite dramáticamente en la crisis adolescente cuando los jóvenes se percatan que las autoridades no pueden ser dioses y padres capaces de "justicia social verdadera y universal". A los adolescentes en especial les es difícil aceptar que la función de los ideales es la de atraer y organizar la creatividad y no la de volverse contra los individuos y esclavizarlos. Las ideologías contienen los ideales organizados, pero pueden enajenar al individuo privándolo de su capacidad de criterio. Quizá los adolescentes son los "imitantes psicológicos" de los impulsos intra e interespecíficos que conocen cada vez mejor los etólogos. El sentido de territorialidad, con su expresión nacionalista en la especie humana, puede ser revisado y ampliado con el estudio de la protesta. El adolescente desafía a la autoridad con el secreto deseo de probar su fortaleza y medir su territorio, y muy frecuentemente la autoridad no muestra la fortaleza de la razón a estas demandas naturales. Sería interesante el estudio de aquellas características peculiares, nacionales y regionales, que alimentan la estructuración del Superyó y su nivel de autonomía relativa.

Pero independientemente de las características nacionales, creo que hay que enfatizar un factor antes mencionado para explicar el descontento en la civilización actual a todo lo ancho de la tierra. Me refiero al hecho de que los avances tecnológicos han roto definitivamente con una cierta periodicidad del conflicto universal de las generaciones. En la sociedad rural primitiva, y sobre todo en la estabilidad de las grandes zonas urbanas burguesas de la sociedad industrial en desarrollo, existió un cierto sincronismo predecible de la maduración del adolescente. Entonces no había un lapso muy largo, que diera cabida a muchos conflictos, entre su maduración biológica, su ajuste psicosexual y la inclusión a la acción social con un rol definido. En el presente pareciera que los avances tecnológicos, con la creación de una élite en las sociedades altamente desarrolladas que agranda la distancia con la masa, han dejado poco campo para la creación de estructuras sociales adecuadas para la administración de justicia. Hay un clima de continua emergencia traumática en donde la realidad se convierte en una dura carga, a pesar de que los avances tecnológicos podrían facilitar el bienestar. Las pantallas externas de las instituciones sociales en las que se proyectan el Superyó y el Ideal del Yo de los individuos, se crean cada vez más en el clima mismo del conflicto. Por este debilitamiento de la autonomía, el *tempo* de la acción es cada vez más acelerado por momentos. Los periodos de respiro dejan entrever alguna luz, pero la siguiente acción violenta, en una u otra parte de la tierra, nos hunde de nuevo en la situación previa, cuando no en una de mayor tensión. Vivimos en un mundo en que la protesta juvenil es el signo del fracaso de la capacidad predictiva que se tenía en otras épocas sobre el ciclo y destino de las generaciones. La religión fracasa cada día más como refugio ilusorio y la tecnología deshumanizada no colabora a la creación de una "utopía posible". Para muchos filósofos y sociólogos, estamos viviendo la gestación y nacimiento de una nueva civilización, pero tal parece que el proceso no tiene características eutócicas en manos de los parteros atómicos, que si bien parece se ha alejado algo el problema del suicidio mundial de la especie, asfixian al producto con la tremenda angustia. Al lado de los avances tecnológicos, sería deseable el nacimiento

de una nueva Ética que, al contemplar más al hombre total, mitigue el descontento de la civilización. Sería una "utopía imposible" esperar que el descontento desapareciera de la faz del planeta, pues en su base está el miedo a la muerte, que se contrarresta con el desarrollo íntimo del sentimiento de integridad tan bien descrito por Erikson (1963) . El científico vence su peculiar desesperación originada en parte por estar en las avanzadas del conocimiento con la creatividad que lo integra a su momento histórico pero con la vista en el porvenir.

Creo que muchos psicoanalistas, yo entre ellos, nos hemos asomado al mundo de las ciencias sociales con el lente de nuestra experiencia clínica con pacientes individuales y con pequeños grupos terapéuticos, y es evidente la necesidad de una mejor comunicación interdisciplinaria. Cuando se crean estos grupos mixtos de trabajo, es cuando se confrontan los mismos hechos abstraídos en los diferentes conceptos de las ciencias particulares y se prueba que el método científico es lo común y fundamental. La nueva ética deberá incluir unitariamente la posición del científico como tal y como humano. Los diferentes enfoques particulares tienen su papel en la evolución y retroceso de la civilización, y la responsabilidad del científico es inevitable y la ha demostrado estando siempre del lado racional de toda protesta.

Quisiera terminar este ensayo general a manera de réquiem, con una cita de un pacifista y romántico, con la seguridad de que expresa la "utopía posible" de muchísimos descontentos. Bertrand Russell (1953, p. 180) en *Nuevas Esperanzas para un Mundo en Transformación* escribió: "Los móviles del propio interés que promueven en cada bando los sentimientos hostiles, son meramente el reflejo de móviles idénticos en el otro bando y están en cada cual basados en la presunción de que el otro tiene inclinaciones irracionales...; allí donde la hostilidad existe... se manifiesta en ambos bandos una gran cruzada moral, en la que es deber de todo hombre de verdad defender altos ideales éticos. Con tanta lucha el *homo sapiens* se oculta a sí mismo su falta de sabiduría. ..."

Bibliografía

- BERES, D. (1965). *Psychoanalytic Notes on the History of Morality*, J. Amer. Psychoanal Ass. Vol. 13 p. 3-37.
- BLOS, P. (1969). *The vicissitudes of the Agressive Drive in Adolescent Regression*. Leído en el IX Congreso Nacional de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, Diciembre, 1969, México.
- BRANDENBURG, F.R. (1964). *The Making of Modern México*. Prentice-Hall Inc. Englewood. Cliffs. N.J. U.S.A.
- CASSIN, R. (1966). *De una Declaración de 1966*, citada en la revista "Tribuna Israelita". Año XXV, No- 278, p. 17.
- COSER, L. (1960). *Teoría del Conflicto Social*. Fondo de Cultura Económica. México.
- ERIKSON, H.E. (1958). *Young Man Luther*. W.W. Norton & Co. Inc. New York.
- ERIKSON, H.E. (1963). *Childhood and Society*. 2a edición, W.W. Norton & Co. Inc. New York.
- FREUD, A. (1949). *El Yo y los Mecanismos de Defensa*. Ed. Paidós, B. Aires.
- FREUD, S. (1905). *El chiste y su relación con lo Inconsciente*. Obras Completas. Vol. III. Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1952.
- FREUD, S. (1913). *Tótem y Tabú*. Obras Completas. Vol. III, Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1953.
- FREUD, S. (1921). *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*. Obras Completas. Vol. IX. Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1953.
- FREUD, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. Obras Completas, Vol. XIV. Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1953.
- FREUD, S. (1930). *El Malestar en la Cultura*. Obras Completas. Vol. XIX. Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1955.
- FREUD, S. (1933). *El Porqué de la Guerra*. Obras Completas. Vol. XVIII. Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1954.
- GONZÁLEZ PINEDA, F. (1959). *El Mexicano, su Dinámica Psicosocial*. Ed. Pax-México y Asoc. Psic. Mex. México.
- GONZÁLEZ PINEDA, F. (1961). *El Mexicano, Psicología de su Destructividad*. Ed. Pax-México y Asoc. Psic. Mex. México.
- HARTMANN, H. (1947). *On Rational and Irrational Action*. En "Essays on Ego. Psychology". International Universities Press. Inc. New York, 1964.

- HARTMANN, H. (1950). *The Application of Psychoanalytic Concepts to Social Science*. En "Essays on Ego Psychology". International Universities Press. Inc. New York, 1964.
- KARDINER, A. (1945). *El Individuo y su Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México.
- KARDINER, A. y OVESEY, L. (1962). *La Marca de la Opresión*, Fondo de Cultura Económica, México.
- LAMPL-DE GROOT, J. (1960). *On Adolescence*. Cap. 23 de "The Development of the Mind". p. 308-316. Int. Univ. Press. Inc. New York, 1965.
- LAMPL-DE GROOT, J. (1962). *Ego Ideal and Superego*. Cap. 24 de "The Development of the Mind", p. 317-328, Int. Univ. Press. New York, 1965.
- MARCUSE, H. (1965). *Eros y Civilización*. Trad. del original americano de 1953. Ed. Joaquín Mortiz, México.
- MARCUSE, H. (1968, a). *El Hombre Unidimensional*. Ed. Joaquín Mortiz, México.
- MARCUSE, H. (1968, b). *El Fin de la Utopía*. Ed. Joaquín Mortiz, México.
- PARSONS, T. (1950). *Psychoanalysis and the Social Structure*. Psychoanal. Quart. Vol. XIX, 1950, p. 371-384.
- RASCOVSKY, A. y RASCOVSKY, M. (1969). *Algunos aspectos de la relación entre el Filicidio y la Cultura*. No publicado.
- REMUS ARAICO, J. (1956). *Algunos aspectos de la Personalidad de Franz Kafka*. No publicado. Leído en la Asoc. Psic. Mex. en 1956.
- REMUS ARAICO, J. (1965, a). *El Duelo Patológico en la Orfandad Temprana*. Cuadernos de Psicoanálisis. Vol. I, p. 75-82, México.
- REMUS ARAICO, J. (1965, b). *Edipo, Lulero y Kafka y la Crisis de Identidad*. Cuadernos de Psicoanálisis, México. Vol. I. p. 343-348.
- RUSSELL, B. (1953). *Nuevas Esperanzas para un Mundo en Transformación*. Ed. Kermes, México.
- WANGH, M. (1964). *National Socialism and the Genocide of Jews*. Int. J. Psycho-Anal. Vol. 45 p. 386-395.
- WANGH, M. (1968). *A Psychogenetic Factor in the Recurrence of War*. Int. J. Psycho-Anal. Vol. 49, p. 319-323.
- WANGH, M. (1969). *Further Reflections on the Psychogenetic Factors in War and Civil Upheaval*. No publicado.

Dr. José Remus Araico

Paseo del Río # 111, Casa 20

Fortín Chimalistac

Coyoacán 04319

México, D. F.

Tels. y Fax 56-61-07-67 y 56-61-36-50